

recibido mis mandamientos y los observa, ese es el que me ama. Y el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y me le manifestaré á mi mismo ¹.

EL DR. Habeis dicho que en el cielo no hay fe ni esperanza; pero ¿debemos decir lo mismo de la virtud de caridad?

EL TEÓL. No, pues segun san Pablo, la caridad subsiste en los bienaventurados. Podrá ser mas intensa y mas sabrosa, pero será la misma caridad que especificamos por la infinita amabilidad de Dios. El Apóstol la enseñaba á los corintios con estas palabras tan claras: *La caridad nunca fenece* ².

EL DR. Parece sin embargo muy diferente la caridad del cielo, pues esta virtud se regula sobre la tierra por la fe, al paso que la caridad de la patria celestial está formada por la vision intuitiva. Además la una es libre, y la otra necesaria; de manera que unas reglas tan diversas y unas condiciones tan opuestas deben de producir actos de virtud muy diferentes.

EL TEÓL. Basta con un poco de atencion para hacerse cargo de la solucion de esta dificultad. El amor no toma su especificacion del objeto contemplado ó invisible, poseido ó ausente, sino tan solo del motivo que induce á amarle; y desde luego se echa de ver que este motivo puede existir y realmente existe lo mismo en la caridad de la tierra que en la del cielo. Lo propio debe decirse de la necesidad y de la libertad del amor, pues no pudiendo especificarle estos estados diferentes, siempre es preciso recurrir al motivo, que seguramente es el mismo en el amor necesario de los Santos que en el amor libre que experimentamos sobre la tierra.

EL DR. Permitidme por última vez otra pregunta sobre las tres virtudes teologales. ¿Son acaso susceptibles de aumento?

EL TEÓL. Os convenceréis de ello al examinar la gracia y los Sacramentos. Por ahora me contraigo á recordar estas palabras del concilio de Trento: «Este es el aumento de santidad que pide la santa Iglesia cuando dice en sus oraciones: Danos, Señor, aumento de fe, esperanza y caridad ³.»

¹ Joann. XIV. — ² I Cor. XIII. — ³ Ses. 6, c. 10.

CONFERENCIA XX.

LAS VIRTUDES MORALES.

EL DR. Os habeis propuesto tratar sucesivamente de las virtudes teologales y morales para hacer mas metódica esta importante cuestion; y habiendo visto lo que concierne á las primeras, vamos á tratar sin duda de las segundas. ¿En qué consisten y cuántas son las virtudes morales?

EL TEÓL. Llámense virtudes morales unas calidades que inducen á arreglar las costumbres de una manera conforme con la razon; y aunque son muchas, podemos agruparlas todas al rededor de las cuatro llamadas cardinales ó principales, á saber: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Estas virtudes las vemos indicadas en este pasaje del libro de la Sabiduria: *Si alguno ama la justicia ó santidad de vida, frutos son de los trabajos ú obras de esta sabiduria las grandes virtudes; por ser ella la que enseña la templanza, la prudencia, la justicia y la fortaleza, que son las cosas mas útiles á los hombres en esta vida* ¹.

La prudencia dirige nuestros actos de una manera conforme con la razon en la práctica de las otras virtudes, de las que, si así vale decirlo, es la norma y la regla. Esta virtud supone necesariamente la inteligencia, la docilidad, la diligencia, la precision y la circunspeccion; porque no podemos reconocer una verdadera prudencia en el que no tiene la inteligencia moral del acto que va á hacer, ni en el que carece de docilidad para seguir los consejos útiles, ó de prontitud para aprovecharse de los momentos oportunos, ni en el que deja de prever el resultado de los medios que emplea, ni en el que se halla sin circunspeccion suficiente para evitar las circunstancias capaces de comprometer el buen éxito de sus acciones.

Á esta virtud se oponen dos especies de vicios, los unos por defecto, y los otros por exceso. Entre los primeros se cuenta la irreflexion, la precipitacion, la inconstancia y la negligencia, y entre los segundos la prudencia de la carne, la astucia, el dolo, el fraude, y finalmente la excesiva solitud de las cosas temporales para el porvenir.

¹ Sap. VIII.

EL DR. Lo que acabais de decir de la prudencia me sugiere una idea que aceptaréis sin duda en mi favor. Por lo que hace á las diferentes virtudes os contentais con enumerarlas, sin entrar en un exámen detenido de ellas, seguramente porque estais persuadido de que se las comprende desde luego; pero puedo aseguraros que en el mundo no se tienen ideas claras y positivas de estas cuestiones que tan sencillas os parecen. Tened, pues, la bondad de fijar el sentido que atribuyen los teólogos á estas diferentes calidades, y la naturaleza de los defectos opuestos á las mismas.

EL TEÓL. Habeis indicado el motivo que me impedia entrar en explicaciones; pues así lo quereis, lo haré con mucho gusto. Á las calidades que deben acompañar la prudencia añadiremos el recuerdo de lo pasado, que pone de manifiesto el buen ó mal éxito de los asuntos análogos: la inteligencia consiste en el conocimiento profundo del objeto de que va á tratarse; la prevision es la consideracion de los efectos que puede surtir la empresa que quiera acometerse; la docilidad induce á recibir consejos útiles y conformarse con ellos, y finalmente la circunspeccion nos hace examinar atentamente si el proyecto reúne todas las condiciones que pueden conducirle á buen término.

Los defectos que se oponen á estas diversas calidades son como siguen: La precipitacion nos induce á principiar una empresa antes de examinar suficientemente los medios; y de ordinario incurrimos en este defecto por irreflexion y por sobrada prontitud en juzgar. La inconstancia nos hace mudar de opinion sin suficientes motivos; y la negligencia nos impide la diligencia necesaria para preparar un proyecto ó para llevarlo á ejecucion. Desde luego se deja ver que estos vicios se oponen á la prudencia por defecto, es decir, que no hacemos lo que se requiere para llenar las condiciones de la verdadera prudencia. Hay otros vicios que pecan por exceso, y son los que hemos mencionado. La prudencia de la carne es la preocupacion y el esmero con que andamos en busca de medios propios para satisfacer las tendencias de nuestra naturaleza corrompida: la astucia nos induce á llegar al fin por medios inícuos y perversos, pero se llama dolo si estos medios consisten en palabras, y fraude si se ejecutan con acciones; y por último la solitud de las cosas temporales nos lleva á una preocupacion excesiva para adquirir bienes terrestres, ó para conservar su posesion.

EL DR. Despues de la prudencia habeis nombrado la justicia; mas ¿ en qué consiste la justicia segun los teólogos?

EL TEÓL. La justicia entre los teólogos, lo mismo que entre los jurisconsultos, es una virtud que nos inclina á dar á cada uno lo que es suyo. Esta virtud abraza todos los derechos de Dios y del prójimo, y prescribe que los respetemos siempre, reparándolos segun la lesion que les causemos. Tres especies de justicia se distinguen, como ya sabeis: la legal, que induce á dar á la comunidad lo que le debe cada individuo; la distributiva, que obliga al jefe de un Estado á distribuir los bienes y las cargas segun el mérito y la capacidad de cada uno, imponiendo tambien las merecidas penas; y finalmente la justicia conmutativa, que da á cada uno su derecho en todo rigor de igualdad.

La justicia va asociada con la religion, la piedad, la gratitud, la obediencia, la dulía, el decoro, la verdad, la amabilidad y la liberalidad. Voy á daros una sencilla idea de estas calidades, lo mismo que hemos hecho con la prudencia. La religion consiste en dar á Dios el culto que se le debe como al principio soberano de todas las cosas; la piedad inclina al alma á amar y respetar nuestros padres, á quienes debemos, despues de Dios, la vida y la educación, no debiendo omitirse que la patria es tambien objeto de esta virtud, como que debe concurrir con los padres á la conservacion, al bienestar y á la buena educacion de sus hijos; la dulía ó respeto es el honor, la sumision y la deferencia que debemos á nuestros superiores y á todas las personas recomendables por sus calidades; la obediencia hace observar los preceptos que imponen los superiores; la gratitud nos induce á recordar el beneficio recibido y á mostrarnos agradecidos por medio de una buena conducta ó haciendo favores á nuestros bienhechores; la amabilidad inclina á mantener relaciones con el prójimo de una manera que le sea agradable; la liberalidad nos induce á hacer gastos y sacrificios decorosos, segun las circunstancias del prójimo; y por último la verdad nos induce á hablar siempre de un modo correspondiente á lo que pensamos, evitando en consecuencia lo que podria hacer incurrir al prójimo en error. Así la religion es el resumen de nuestros deberes de culto para con Dios; la piedad lo es de nuestras obligaciones de afectuoso respeto hácia nuestros padres y la patria; el decoro incluye el honor debido á los hombres constituidos en dignidad; la dulía comprende lo que un inferior debe á su superior; la obediencia supone el cumplimiento de la voluntad de nuestros superiores; la gratitud lo que debemos á nuestros bienhechores; la verdad abraza la obligacion de no engañar jamás al prójimo; la amabilidad contiene lo que prescriben las relaciones del

hombre con sus semejantes; y finalmente la liberalidad entraña la disposicion que debemos tener á sacrificarnos para nuestros hermanos, cuando lo requieran las circunstancias.

EL DR. Habeis nombrado ciertas virtudes, como la gratitud, que no suponen un derecho rigoroso: así no se me alcanza por qué las habeis inherentes á la justicia.

EL TEÓL. Porque todas expresan una obligacion de derecho estricto ó de simple deber, como mejor os parezca; de manera que siempre hay una cosa debida; y por esto referimos todas estas calidades á la justicia. Vamos á añadir algunas palabras sobre los vicios contrarios á estas virtudes. Á la piedad con los padres y la patria, á la sumision y al respeto debido á los superiores se oponen el menosprecio, el odio, la malevolencia y la injuria. La ingratitude es indudablemente el vicio contrario al reconocimiento; la grosería, la morosidad y la lisonja ofenden la amabilidad; la avaricia y la prodigalidad están en desacuerdo con la liberalidad; y la mentira de hecho ó de palabra viola esencialmente la verdad.

La templanza, considerada de una manera general, es un freno que se pone á todas las pasiones, ajustándolas á la razon; pero considerada como virtud especial, modera el apetito sensitivo y el uso de lo que halaga los sentidos, especialmente el gusto y el tacto. Distingúense muchas especies de templanza, ó por mejor decir, varias aplicaciones de esta virtud: tales son la abstinencia, la sobriedad y la castidad. La abstinencia templada, segun la razon, el uso de lo que halaga al gusto en los manjares ó en las bebidas no espirituosas; la sobriedad regula el uso que debe hacerse de lo que puede embriagar, y la castidad reprime la inclinacion á los deleites carnales, moderando su uso con arreglo á la razon.

Cuéntanse tambien muchas virtudes *moderadoras*, que dependen de la templanza: tales son la humildad, la modestia, la continencia, la mansedumbre, la clemencia, la *eutropelia* y el estudio, que tienen por contrarios el orgullo, la insolencia, la petulancia, la cólera, la crueldad, la curiosidad y cualquiera infraccion del decoro que debe reinar en las diversiones. Estos vicios lo son por exceso; pero los que se oponen á dichas virtudes por defecto son la bajeza de alma, la grosería, la cobardía que hace disimular, la dulzura que deja al crimen en la impunidad, la negligencia y la morosidad. La continencia reprime todo lo que propende á la obscenidad; la humildad nos inclina á despreciarnos á nosotros mismos por el conocimiento de nuestros vicios, de nuestras faltas ó de nuestra debilidad; la modes-

ta regula la parte exterior del cuerpo; la mansedumbre reprime la cólera en las circunstancias en que no puede ser laudable ni legitima; la clemencia predispone al superior á perdonar ó á mitigar las penas, con tal que el ejercicio de esta virtud no perjudique la justicia, ni la moral, ni el bien público. La aplicacion pone justos limites al deseo de saber, y la *eutropelia* es el decoro y la dignidad que deben observarse en las diversiones, no solamente en cuanto á las palabras, sino tambien respecto de los hechos.

La intemperancia es sin disputa contraria á esta virtud cardinal, y consiste en el uso inmoderado de todo lo que puede satisfacer al cuerpo, como el exceso en la comida, en la bebida y los placeres sensuales. A las calidades dependientes de la templanza se opone indudablemente el orgullo ó el amor desordenado de su propia elevacion; la insolencia, que hace traspasar los limites del decoro en el lenguaje, en el modo de andar y en las otras acciones exteriores; la cólera irrazonable y excesiva, que arrastra á violencias vergonzosas; la crueldad, que tiende á imponer castigos excesivos con un rigor inflexible; la curiosidad ó el deseo desarreglado de conocer ó de saber, debiendo tenerse presente que se la califica de reprehensible cuando hay exceso en los estudios inútiles ó poco conformes con su estado, y tambien cuando se aprenden cosas convenientes, pero en circunstancias inoportunas ó de una manera inmoderada. Créese contraria á la *eutropelia* cualquiera diversion poco honesta, sobrado petulante é inmodesta en sí misma ó con relacion á la persona que se divierte.

Hay otros vicios opuestos á la templanza y á las virtudes inherentes á ella: tales son la insensibilidad, que evita las distracciones corporales necesarias ó útiles; la abyeccion de sí mismo, que acarrea la pusilanimidad y el desaliento, la tosquedad en las costumbres, los hábitos groseros, una dulzura excesiva, ó por mejor decir, la debilidad llevada hasta la tolerancia y la impunidad del desorden; la negligencia en adquirir los conocimientos que cumplen al estado de cada uno, y por último la morosidad, que nos aleja de las diversiones honestas excitando el descontento, la reprobacion y la tristeza, cuando el prójimo se entrega á diversiones útiles y moderadas.

La fortaleza modera y regula nuestra alma segun la recta razon en las cosas difíciles y terribles, á fin de que no nos abandonemos al miedo ni á la temeridad. Tambien puede decirse que inclina la voluntad á acometer empresas peligrosas, á sufrir penas ó á suportarlas de una manera conforme con la razon. Así la fortaleza tiene en cierto modo dos partes, la accion y la paciencia, pudiendo decirse que la mag-

nanimidad, la magnificencia, la humildad, la confianza, la constancia y la seguridad son como los efectos de la fortaleza; de suerte que debemos formarnos una idea de estas brillantes calidades y de los vicios contrarios. La magnanimidad induce á acciones nobles y heroicas; la confianza es el sentimiento nacido de la suficiencia de los medios para emprender ó soportar cosas difíciles; la constancia afirma al hombre en el bien, de manera que no le arredran ni le inmutan los obstáculos, aunque puede tambien llamarse serenidad cuando el hombre contempla tranquilamente los peligros ú otras circunstancias propias para turbar las almas ordinarias; la magnificencia impone sacrificios generosos y mayores que los de la liberalidad, cuando los motivos son dignos y razonables; de manera que las almas elevadas hacen con grandeza y con nobleza lo que de su generosidad reclaman la Religion, el honor y la patria. La humildad no es, como generalmente se cree, timidez, bajeza ó pusilanimidad, sino que consiste, segun se la aplica á la templanza ó á la fortaleza, en moderar el amor desordenado de la elevacion, en concebir y conservar en nosotros mismos la conciencia de la debilidad humana, aun cuando seamos poderosos y nos veamos coronados de honores y de gloria. Si considerais la humildad en san Juan Crisóstomo, en san Ambrosio, en san Agustin, en san Luis, en Bossuet, en Fenelon y en otros muchos varones ilustres del Cristianismo, observaréis que todavía es mas propia de las grandes almas que la magnanimidad, es decir, que en el cristiano es obra exclusiva de la gracia. La paciencia, que con mucha razon asociamos á la fortaleza, sostiene al alma en medio de la adversidad, del dolor y de los ultrajes. La fortaleza se ejerce todavía con mas eficacia en la paciencia que en las acciones heroicas, tal vez porque el hombre ve y experimenta á la vez en realidad la extension y la intensidad de su desgracia, al paso que el héroe que se lanza al combate se alucina sobre los peligros con el atractivo y con la esperanza del triunfo. Por este motivo se expresa la grandeza de alma del romano y del discípulo de Jesucristo, dejando la accion al primero y la paciencia al segundo: *Agere, Romanum; pati, Christianum.*

Caractericemos en breves palabras los vicios opuestos á la fortaleza y á las calidades inherentes á ellos: tales son la timidez ó temor desordenado, que se espanta con exceso ó en circunstancias que la hacen inexcusable; la estupidez, que se arroja á ciegas en los peligros sin un motivo inspirado por la razon; la audacia excesiva, que se precipita con temeridad, y por último la cobardía, que huye del peligro cuando conviene arrostrarlo. Los vicios que se señalan opues-

tos á la magnanimidad son la presuncion, que se apoya demasiado en sus propias fuerzas; la ambicion ó el deseo desarreglado del honor; la vanagloria ó el deseo inmoderado de la reputacion y del aprecio ajeno, y finalmente la pusilanimidad, que se niega á acometer empresas fáciles. Opónense á la magnificencia la profusion de los bienes y la parsimonia en las circunstancias que requieren una conducta noble y generosa. Los vicios contrarios á la perseverancia son la porfia, que se obstina sin razon, y la inconstancia, que cambia de parecer sin motivo legitimo. Fácilmente se concibe que los vicios opuestos á la humildad son el orgullo insensato, la suficiencia presuntuosa y la abyeccion desordenada de sí mismo. La impaciencia se inquieta exagerando los males ó su duracion, y no puede consentir en sobrellevarlos, al paso que la insensibilidad nos hace en cierto modo extraños á nuestras propias aflicciones y á las del prójimo.

EL DR. Explicadas las virtudes morales en particular, me tomaré la libertad de proponeros algunas cuestiones que les son comunes. Primeramente ¿por qué razon habeis elegido estas cuatro virtudes para suponerlas el fundamento de las otras?

EL TEÓL. Los teólogos están acordes en reconocer como virtudes principales las que se distinguen por alguno de los caracteres siguientes: discernimiento, rectitud, firmeza y moderacion. Fácilmente se deja ver que en las virtudes de que hablais se observan todos estos caracteres, pues el discernimiento existe en la prudencia, la rectitud en la justicia, la firmeza en la fortaleza, y la moderacion en la templanza.

EL DR. ¿Hay por ventura algun medio para conocer á cuál de las cuatro virtudes cardinales pertenece otra virtud?

EL TEÓL. Hay uno de fácil experiencia. La virtud que sirva para coordinar los medios con el fin pertenece á la prudencia; las que indiquen un deber ó una obligacion cualquiera hácia otro corresponden á la justicia; las que moderan los sentidos, la inteligencia ó la voluntad son propias de la templanza, y finalmente las que inducen al alma á acometer y soportar empresas repugnantes y penosas pertenecen á la fortaleza. Del mismo modo, para clasificar los vicios y los pecados no hay mas que considerar á qué virtudes son contrarios.

EL DR. Hay un proverbio que cifra la virtud en el *medio*. ¿Es tambien aceptado este proverbio por los teólogos?

EL TEÓL. Lo mismo que por todos los hombres, pero solo con respecto á las virtudes morales, y la razon es esta. Podemos faltar á la virtud, como llevamos dicho, por exceso ó por defecto, de manera

que la virtud consiste necesariamente en el medio. Podemos compararla á un punto desde el cual no se descubre la virtud ni hácia arriba, ni hácia abajo: así falta á la fortaleza el hombre que cede á la timidez, lo mismo que el que se muestra demasiado audaz. Este medio en tres de las virtudes cardinales es relativo á cada individuo y depende de las circunstancias; mas en cuanto á la justicia conmutativa, para todos es el mismo, que es el que se llama medio *de cosa*, es decir, que debemos reparar todo el daño causado al prójimo prescindiendo de la condicion de las personas: tal es el deber en su extension y en su rigor.

No debemos sin embargo pasar en silencio que las virtudes teologales no consisten en un medio; porque nunca se puede creer, ni esperar, ni amar demasiado, de manera que si se peca contra estas virtudes teologales, no es por traspasar los límites, porque no tienen ninguno, sino por apartarse de ellas.

EL DR. ¿Hay acaso alguna conexion ó vínculo esencial entre las virtudes?

EL TEÓL. Primeramente puede responderse que las virtudes teologales no están enlazadas hasta el punto de existir siempre juntas; pues no tiene duda que el alma suele conservar la fe y la esperanza, aun cuando pierde la caridad por un pecado mortal; mas en cuanto á las virtudes morales, si las consideramos como calidades sólidas, completas y perfectas, puede decirse que todas deben existir en el mismo sujeto, de una manera relativa á su posicion. Verdaderamente no es necesario que siempre se pongan en práctica, como se ve en el pobre, que no puede ejercer la liberalidad ni la magnificencia; mas no deja de estimarlas, admirarlas y poseerlas en grado suficiente, de suerte que se halla dispuesto á producirlas en cuanto se lo permitan las circunstancias. De lo contrario ¿cómo es posible concebir al hombre verdaderamente virtuoso? Para obtener la preciosa posesion de todas las virtudes necesitamos los auxilios sobrenaturales de la gracia.

EL DR. ¿Cuál es la naturaleza de las virtudes morales? ¿son acaso infusas como las teologales, ó podemos adquirirlas por nuestros esfuerzos?

EL TEÓL. No, las virtudes morales no son por su naturaleza infusas como las teologales. Si las primeras se han otorgado de este modo especial, es solo por accidente; pero las virtudes morales acompañan siempre á las teologales en la justificacion de un alma, de suerte que se introducen en ella, como en el alma de los niños por medio

del bautismo, y adquieren incremento en el adulto, que se halla ya en posesion de las mismas.

EL DR. Pero ¿podemos adquirirlas por nuestros propios esfuerzos?

EL TEÓL. Considerando la debilidad de nuestra naturaleza, podemos asegurar que nadie obtiene todas las virtudes morales por esfuerzos naturales. Es posible que se adquiriera alguna á fuerza de violencia ó por la propension de temperamento, pero nunca pueden poseerse todas sin el auxilio de la gracia.

EL DR. Tambien desearia saber si las virtudes son verdaderos hábitos, como dicen los filósofos, segun creo, y acaso tambien los teólogos.

EL TEÓL. Si se toma la palabra hábito en su significacion rigurosa, de suerte que el alma se ve arrastrada á un acto como por la fuerza de una inclinacion marcada, no creo que haya semejante virtud, ni infusa ni adquirida; pero no debe decirse lo mismo de los vicios, porque si estos ejercen imperio en el alma, es porque la inclinan segun su tendencia natural. En la virtud siempre hay que hacer mas ó menos esfuerzos.

Si consideramos el hábito como una tendencia ó como cierta predisposicion á un acto, las virtudes infusas deben tenerla en algun grado, puesto que no podemos considerarlas como un simple adorno del alma. Segun la comun opinion de los teólogos, las virtudes infusas excitan en el alma una inclinacion cualquiera hácia los actos correspondientes; pero se observa que las virtudes adquiridas por la experiencia y por la repeticion de sus actos producen de ordinario en el alma una inclinacion mas fuerte.

Vamos á decir algunas palabras sobre la desigualdad y la dignidad de las virtudes.

Harto conoceremos que la mas preciosa y la mas noble de las virtudes teologales es la caridad, vínculo de la perfeccion, como la llama san Pablo. Por lo que hace á las virtudes cardinales, se atribuye el primer lugar á la prudencia, por ser en cierto modo la directora de todas las otras, pues obra en el entendimiento como un ojo vigilante que busca, dirige y coordina los medios que pueden proporcionar y realizar el bien.